

CAUSAS "FATALES" EN LA HISTORIA

P o r R A F A E L A L T A M I R A

LA caída y desaparición de los imperios, que a veces han traído como consecuencia la anulación histórica de algunos pueblos durante siglos o para siempre (es decir, para el observador, hasta el momento actual), se han estudiado y sentenciado en función de elementos políticos, económicos y morales dependientes de la inteligencia o de la voluntad. Pero con ello no se agota la realidad humana. Hay en efecto, en nuestra vida colectiva, otros elementos que también producen aquellos resultados y que los historiadores han preferido hasta ahora, quizá por la rareza de los casos históricos que los ponen de relieve y obligan a fijarse en su importancia, a veces, decisiva.

Ya en el siglo XIV el historiador musulmán Abenjaldún (1332-1406), teorizó sobre algunos de esos elementos, dándoles un carácter de fatalidad psicológica, es decir, de cosas que escapan a la voluntad humana porque, siendo parte de la naturaleza humana, no caen bajo el dominio de esa facultad directora de nuestra conducta. Abenjaldún afirmaba ser cosa de experiencia, por lo tanto, suceptible de observación por parte del historiador, que, una vez llegados los pueblos al máximo respectivo de su potencia política y de su civilización, veíanse atacados por faltas irreprimibles de su espíritu (indolencia, vicios de conducta, despertar de pasiones referidas al orden político, etc.), que bien pronto causaban su decadencia y derroocaban su poderío. Este proceso se repite eternamente para todos los Estados, y la voluntad humana no lo puede contrarrestar. En el pensamiento de Abenjaldún a este propósito, se encuentra fácilmente la opinión básica de que el hombre no puede vencer sus pasiones y es siempre víctima de ellas, por lo menos en la vida colectiva.

Cuatro siglos después volvió a teorizar en el mismo sentido el italiano Vico (1668-1744), cuyos famosos ciclos o *ricorsi* de la historia humana (aparte la dificultad evidente de interpretar la

concepción de aquel autor y el alcance de su pensamiento), tanta analogía ofrecen con los de Abenjaldún. En el fondo de ambas teorías hay, por otra parte, la afirmación de la misma fatalidad de los hechos que producen la decadencia, y hasta la desaparición de los imperios y de las civilizaciones. Pero es indudable que esos hechos no son —no han sido, en la experiencia histórica secular— las únicas causas productoras de las decadencias y del agotamiento de las civilizaciones.

Más tarde, en el siglo XIX, los historiadores se fijaron en ciertos hechos que, no obstante hallarse por fuera de la acción de nuestra voluntad, pertenecen a un orden distinto del que representan las pasiones y los desfallecimientos humanos que Abenjaldún apreció fundamentalmente. El examen de esos nuevos hechos condujo, en cuanto se quiso determinar su relación con la historia consciente y voluntaria de los pueblos, a la teoría de la "eventualidad" o "contingencia" histórica, que comprende no sólo la muerte imprevista (por ejemplo, la del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos) y las enfermedades naturales (la fístula de Luis XIV y otros hechos análogos), sino también ciertos accidentes que no proceden ni del querer propio (antes al contrario, para éste son una desgracia), ni de la intención del enemigo, que por sí misma es un acto de voluntad y por tanto, se halla dentro del juego y de la lucha de la espiritualidad de cada pueblo o de sus directores.

Pero también esa teoría de la "contingencia" como factor que constituye parte de la historia, y por consiguiente influye en ella hasta el punto de torcer radicalmente, a veces, la dirección reflexiva que seguía hasta la aparición del hecho eventual, está lejos de comprender todas las clases de hechos que se pueden calificar de "contingentes". Esto, aparte de la cuestión de correspondencia o no correspondencia en los hechos, entre su cualidad de contingentes y la de exteriores al dominio de la voluntad humana. En efecto, si

la muerte o la enfermedad de hombres en cuyas manos está o se cree que está el presente y el porvenir de un Estado o de una Nación, son, a la vez, contingentes y no posibles de ser afectados por la voluntad (tampoco, claro es, por la previsión de la inteligencia), también parece haber otras "eventualidades" que no escapan por sí mismas a la acción de la voluntad, equivocada o no.

Pero volvamos a los hechos no comprendidos, ni en la teoría de la "contingencia", como factor decisivo en la Historia, ni en la de las flaquezas y pasiones humanas.

Dejo a un lado el determinismo materialista, que más o menos se encuentra en el fondo de la filosofía de ese mismo género que principalmente ha teorizado sobre la historia humana: el positivismo de Comte. Dejo también, por el momento, la doctrina del "materialismo histórico" de Marx y sus sucesores, acerca de la cual escribí especialmente en 1904 y he vuelto a escribir en 1934 (*Cuestiones modernas de Historia*, 1ª y 2ª edición). Ambas teorías son deterministas, aunque de muy distinta manera; e independientemente de su verdad o de su error, que no discuto ahora, entran en el cuadro de la cuestión planteada en el presente artículo. Pero mi propósito es, ahora, poner de relieve otro género de hechos que todavía los historiadores (por lo menos, a conocimiento mío) no han considerado a fondo y, por lo general, olvidan tomar en cuenta.

Sin embargo, algunos de esos hechos son bien evidentes; están por ello al alcance de cualquier observador de la historia humana. Me refiero, en primer término, al grupo de los obstáculos que la naturaleza opone a la realización de la voluntad humana, tanto en el orden material como en el espiritual; es decir, a los límites infranqueables, en principio, para el hombre. Conviene a este propósito, hacer la debida distinción entre las posibilidades individuales y las colectivas. Esta distinción posee, a mi juicio, mucha importancia. Los límites climatológicos, por ejemplo (entendiendo por clima el complejo de condiciones de temperatura, humedad, tempestades frecuentes y bruscas, ausencia de suelo en que situarse, como el de los países pantanosos, etc.), son vencidos muy a menudo por los individuos, pero no por la colectividad, quien no encuentra en esas condiciones manera de vivir bien y rehuye hacerlo. Por ello, las grandes civilizaciones y los Estados poderosos nunca se han producido en medios geográficos de aquella naturaleza. Caso diferente es el de que, a partir de un núcleo importante de civilización y con ayuda de los medios técnicos modernos, irradie la vida de aquél y ob-

tenga grandes victorias sobre la naturaleza, v. gr. en los territorios polares, pero aun en estos casos participa de ese hecho un escaso número de hombres, y no permanentemente. El gran alpinismo, cuyas insuperables dificultades tantas veces han hecho quebrar los propósitos humanos (en los Alpes, en los Andes, en la cordillera del Himalaya), nos ofrece en su historia ejemplos de superación de esas dificultades, superación realizada por un corto número de individuos, excepcionalmente y en medio de frecuentes fracasos y del veto para el común de los hombres. Hay, pues, en lo físico, una barrera más o menos próxima o elevada que limita la actividad histórica (considero útil decir, para la mejor comprensión de mi pensamiento, que ninguna de las observaciones del presente párrafo se aplican a la famosa y descabellada teoría de Buckle, que pretendió explicar la psicología del pueblo español y la de otros, por el miedo que producen en el hombre ciertos fenómenos naturales, como los terremotos y las erupciones volcánicas. Esa teoría nada tiene que ver con la ciencia histórica; pertenece más bien a la literatura fantástica).

En lo espiritual, ocurre lo mismo que en lo físico. El hombre se ha propuesto, desde el comienzo de la historia, alcanzar ciertas perfecciones que intelectualmente le parecen asequibles, ya en el orden moral, ya en el social o en el político, pero siempre ha fracasado en la realización de ellas, porque su inteligencia, su sentimentalidad, su voluntad y sus pasiones, le impiden llegar al buen resultado o permanecer en él mucho tiempo. La historia está llena de ejemplos de esta clase, pero el problema de si así será siempre, o si los obstáculos que hasta aquí han sido invencibles se verán dominados por el cerebro o por la moralidad del hombre, no pertenece a la historia. La fatalidad sigue, pues, dominando en esa clase de aspiraciones humanas.

Hay también, otro grupo de hechos que pertenecen al funcionamiento normal de la conducta humana y que originan fatalidades ante las que se estrella la voluntad. La característica de esos hechos, que en la vida social y política se pueden observar mejor que en otros órdenes de la actividad humana, consiste en ser hechos que en sí mismos pueden no representar un elemento seguro de fracaso, pero que llevan a él; y hechos, además, que quien los realiza o los acepta, no quisiera realizarlos ni aceptarlos, pero que se le imponen y le arrastran a trayectorias muy diferentes de las que hubiera seguido caso de poder eludirlos. Sirvan de ejemplo las alianzas políticas en la vida interior de los Estados y en la vida inter-

nacional. ¡Cuántas veces los gobernantes de un país tienen que buscar, o que aceptar, ayudas de grupos y partidos, o de otros Estados para vencer en la contienda o asegurar su defensa futura, a pesar de que, si no se hallasen obligados por esa necesidad invencible, no las admitirían! Una vez admitidas, esas ayudas y alianzas crean una serie de consecuencias, más o menos previstas, que muchas veces no hubiese consentido el gobernante, de poder actuar en condiciones normales; consecuencias que van, incluso, contra él mismo o contra puntos esenciales de su política, pero que no puede impedir ni dominar y cuya responsabilidad, lógicamente, no cabe imputarle, porque no pudo hacer sino lo que hizo para evitar males que, de momento, se presentaban como de mayor gravedad que el mal contingente aparecido después. Cuando esas consecuencias adquieren cierto volumen e intensidad, pueden torcer la vida de un pueblo por muchos años, o quizá por un tiempo indefinido, y variar el eje de su historia interna o externa.

Un caso muy frecuente en esas fatalidades ha sido el de las ayudas extranjeras para resolver problemas interiores de un país, como, por ejemplo, la de los cartagineses, pedida por los fenicios en Andalucía, que provocó la primera dominación militar ajena de gran extensión en la Península; la de los bizantinos llamados por una fracción política visigoda en apoyo de sus pretensiones, y que puso en manos de aquéllos, durante largos años, el S. E. de España; la de los musulmanes africanos, requeridos por los hijos de Witiza y que tuvo por resultado imprevisto la dominación mahometana de ocho siglos, etc., etc., porque el hecho no es exclusivo de la historia española. Es indudable que la mayoría de las veces, los apelantes del socorro extranjero no tuvieron el menor deseo de entregarle el territorio patrio total o parcialmente, ni quizá sospecharon que ese sería el precio de la ayuda solicitada; pero una vez realizado el hecho inicial, la fatalidad de la consecuencia se produjo, y su repetición prueba que es una consecuencia muy acorde con la condición humana. Otros ejemplos del mismo género, pero de especie distinta, podrían añadirse, tanto en la esfera política como en la de las luchas sociales.

En fin, y para no alargar esta aducción de hechos, diré que existe también en Historia la fatalidad de la lógica natural, más poderosa que el propósito humano que quisiera impedirla, así como la fatalidad del engranaje de los hechos humanos, que se influyen mutuamente mucho más allá de lo que puede prever y de lo que puede

desear el espíritu humano. Veamos un ejemplo en la historia española.

La decadencia del siglo XVII ha sido atribuida, por lo general, al juego de factores psicológicos y de acción política, tanto en la conducta internacional y la de régimen interior, como en la potencialidad militar. Empieza hoy a reconocerse que, aparte la amplitud real del hecho de la decadencia, menor en tiempo y en órdenes de la actividad nacional de lo que ha solido decirse, ese hecho fue de mucha mayor complejidad de lo que se ha creído hasta ahora. Así, por ejemplo: el grupo de actos económicos, que indudablemente influyeron en aquella caída de la vida política y social de Europa, contenía, sin duda, factores de orden psicológico (la concepción económica del pueblo; la vanidad de ciertas clases sociales; el afán de lujo y el desprecio del trabajo manual, etc.); pero al lado de estos actuaron otros factores propiamente técnicos, exteriores y ajenos a la voluntad humana, como lo son los resultados *no queridos* por el hombre de ciencia y que inesperadamente se presentan en los experimentos físicos y químicos. Esos factores provienen del juego inevitable de las mismas fuerzas espirituales que lanza el hombre para obtener un efecto determinado y que, independientemente de ese propósito, siguen la ley propia de sus consecuencias naturales. Así, el curioso hecho que los historiadores modernos llaman "la revolución de los precios", acaecido por su mayor parte en el siglo XVII, no parece haber sido, en lo que tiene de característico, un hecho nacido de la voluntad humana y aprobado por ella, como lo fueron la inflación y la remonetización (valga el neologismo para entendernos), sino el resultado que diríamos automático (aunque esta palabra sólo sirve para ahorrar explicaciones ahora) de las premisas que venían produciéndose con muy diferente intención, pero que llegó a consecuencias insospechadas e indeseables.

En resumen, hemos comprobado la existencia de hechos varios y de muy distintas condiciones que, no obstante ser exteriores y superiores al hombre y a sus propósitos, influyen en la historia, ya torciendo el camino de la voluntad humana, ya impidiendo la realización de anhelos y planes en que los individuos ven el cumplimiento de cosas buenas para su bienestar o para la paz del mundo. La misma cualidad hemos advertido, también, en ciertos hechos de naturaleza humana. Por la influencia que poseen y cuya comprobación es fácil, a veces, esos hechos se han llamado "causas" de la Historia, aunque la palabra, y más todavía, el concepto que expresa, sean muy dis-

cutibles y muy discutidas actualmente en su aplicación a la vida humana.

En todo caso, será preciso tener en cuenta la interposición de esos hechos, no sólo para juzgar gran número de acontecimiento históricos (cosa que no pertenece a la ciencia que ahora nos ocupa), sino también, y sobre todo, para comprender en toda su verdad esos mismos acontecimientos. Ese es el resultado científico a que aspiran las observaciones del presente artículo.

El lector se habrá dado cuenta —así me permito creerlo— que las palabras “determinismo” y “fatalidad” las empleo aquí en un sentido muy diferente del que tienen en las filosofías materia-

listas y fatalistas, y singularmente con relación al problema de la libertad espiritual humana. Nada de lo que he escrito y pienso significa una opinión mía en favor de esas conclusiones. Mi observación, puramente histórica, se limita a comprobar la existencia de hechos pertenecientes al orden natural o al humano, que escapan a la acción de la voluntad del hombre, que la limitan, o la contradicen según los casos, o que producen consecuencias completamente ajenas a la intención individual o colectiva. Esa comprobación no implica la inexistencia de otras manifestaciones de la historia dirigidas y, en ese sentido, “causadas” por la voluntad reflexiva del hombre.

LA ORACION DE LA TIERRA

P o r e l D r . P E D R O D E A L B A

“¿Dónde hay más amor que el de la Muerte ni más materno amor que el de la Tierra?...”

Manuel José OTHON.

TIERRA! Tierra, a la que se contempla como un infierno o como un paraíso, aurora y ocaso de la vida; identificada en el alumbramiento de los pueblos con la arcilla de Adán, con el vientre fecundo de la Madre Eva, con el fuego sagrado de Prometeo y con la leche de la Loba providente. Base de sustentación del Sabio y del Palurdo, enigma para el místico y para el réprobo, albergue del pensamiento humilde y de la idea temeraria, génesis de la Virtud y origen del Pecado; Arbol del Bien y del Mal...

La Tierra, como la parábola oriental, se confunde con el Gran Todo. A veces nos alejamos de ella para pensar en la luz, en el éter, en las estrellas; las religiones en sus ritos nos exaltan o nos rebajan para que nos olvidemos del polvo que somos y nos invitan a honrarla y a bendecirla. El miedo supersticioso y el amor ascendrado se mezclan en nuestra conciencia; pensamos en aquellos mitos de pueblos remotos que prohibían el entierro de los muertos, a fin de que no se profanara la tierra materna, exponiéndolos a la intemperie para que fueran devorados por bestias inmundas. Enfrente de esas prácticas, nos invade la esperanza purificante de los cristianos que confían a la tierra los restos de sus vírgenes y de sus mártires, para que sobre las tumbas broten los lirios

de pureza y los aromas de santidad. El místico y el hombre de ciencia se dan la mano para contemplar en la tierra la eterna renovación, confiados en que sus entrañas encierran el misterio de las purificaciones y los gérmenes de la vida inmortal, lo mismo en las planicies donde crece la Mala hierba y el árbol Sagrado, que en las alturas propias para contemplar la Rosa Mística o la espada del Arcángel Exterminador.

LA TIERRA Y EL SOLDADO

“Para nadie tiene tanta importancia la Tierra como para el Soldado. Cuando él se aprieta dilatadamente sobre Ella, con violencia; cuando hunde profundamente en Ella su cara y sus miembros en los minutos mortales del bombardeo. Ella es entonces su único amigo, su hermano, su madre. Su miedo y sus gritos gimen en su silencio y en su asilo! Ella los acoge y de nuevo los deja partir, son diez segundos más del curso de la vida, después los vuelve a recoger y a veces para siempre. ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!”

Erich María REMARQUE.

La Guerra Mundial, que tiñó de escarlata la alborada del siglo XX, tuvo la virtud de trocar al hombre civilizado en hombre primitivo. La ferocidad, la superstición y el miedo que sacudían al hombre de las selvas y al hombre de las cavernas volvieron a clavar sus estigmas en el pobre combatiente. El soldado de la primera línea era a la vez un santo y un demonio, un mártir y un ver-